



www.loqueleo.com/es

© Del texto: 2020, Maria Carme Roca
Autora representada por IMC Agència Literària
© De la traducción: 2020, Marinella Terzi
© De esta edición:
2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-374-0
Depósito legal: M-20.292-2020
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2020

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,
Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Sin filtros

Maria Carme Roca

Ilustración de cubierta de El Marquès

loqueleg

*El instante no existe, solo el pasado o el futuro.
Porque ahora, por ejemplo, este instante... Cuando
hablo de él, ya ha pasado.*

Michael Ende, Momo

Cuando digo «todo», es TODO

La culpa fue de Greta.

No, no me refiero a Greta Thunberg, la activista, la que siempre habla del cambio climático, del calentamiento global y de esas cosas que le pasan al planeta. No.

Tampoco hablo de la banda de rock norteamericana Greta Van Fleet. No.

Ni de esa actriz tan antigua que le gusta mucho a mi abuelo, la Garbo, que dice él.

No, yo me refiero a Greta Baum, mi vecina, una señora que tiene mil años y que es más rara que un perro verde. En casa siempre he oído decir que es una mujer muy estrafalaria (eso opina el abuelo Klaus, sí, ese al que le gusta la Garbo). Dicen que es porque vive sola, que tiene muchas manías ya que no está acostumbrada a convivir con otras personas. De acuerdo, hasta ahí ningún problema.

Que haga lo que quiera, pero... ¿por qué tiene que meterse conmigo, eh?

Sí, sí, eso es lo que hace.

¿Que qué le he hecho?, preguntáis. O sea, que ya deducís que le he hecho algo...

10 Nada, nada de nada, de verdad. La evito, eso sí, porque como te pille por la escalera, a mí o a cualquier otro vecino (pero a mí más), ya te ha estropeado el día, porque te suelta el primer rollo que se le pasa por la cabeza y tú solo piensas en salir pitando. Como se debe de aburrir, se divierte fastidiando a los demás, y creo que soy su víctima predilecta. Para suerte suya y desgracia mía, vivimos en el mismo rellano.

Imaginaos, pues, el grado de peligro. Además, es de las que controla, espía por la mirilla.

¿Que qué me ha hecho?, queréis saber.

A ver, nada del otro mundo, no os penséis que sé yo, pero...

¿Os parece normal que el día de mi cumpleaños me soltara lo que me soltó?

—Prepárate para el trece, Anton —dijo en tono solemne.

¿A que no? ¿A que no es normal? Lo que lo sería, por ejemplo, es que me hubiera dicho: «Muchas

felicidades, Anton, que cumplas muchos más». O incluso que no me hubiera dicho nada. No tenía por qué recordar que era mi cumpleaños. Pero ese no fue el caso, porque, no sé cómo, Greta lo sabe todo y lo recuerda todo.

Desde que me soltó esa amenaza, porque ahora ya no tengo ninguna duda de que fue una especie de maldición, mi vida dio un vuelco. A peor.

11

¿Que pase, decís?

Sí, claro, eso es lo que hice al principio, pese a que cuando me lo dijo me quedé con cara (me imaginó) de pasmado.

Que me preparase para el trece... Vaya chorrada, ¿no? A ella le debió de gustar que me quedara embobado, porque bajo la nariz se le dibujó una ligera sonrisa que le alisó las arrugas (el código de barras, que dice mi madre).

—Has cumplido una etapa de tu vida, Anton —dijo Greta—, y ahora comienzas otra. Sé responsable y estate atento, porque a veces los cambios pueden ser peligrosos... Y los enemigos aprovechan las ocasiones. Recuerda: acabas de cumplir trece años y el trece es un número rebelde.

¿A que no es normal? ¿A que no?

¿Que fuera responsable, que estuviera atento, que si los enemigos, que si el trece es un número rebelde?... Greta habla raro.

Y me lo dijo como hacen los personajes misteriosos (y malos) de las series, de las pelis, de esos cuentos antiguos que meten miedo a los niños pequeños.

12 No puedo olvidarme porque, cuando me empezaron a pasar todo tipo de desastres, sus palabras se me venían a la cabeza y me ponían de muy mal humor.

Lo conté en casa y todos dieron su opinión. En casa hablamos mucho.

—No te preocupes, cielo —dijo mi madre—, ¡ya la conoces! (tendré mil años, como Greta, y mamá continuará llamándome «cielo»).

Le vio el lado positivo, como hace siempre, y hasta le dio la razón. Era su modo de decirme que me hacía mayor y que me esperaba una nueva etapa. Al fin y al cabo, no me había dicho nada malo. Sí, vale, pero mi madre no tenía en cuenta el tono de amenaza: ella no la había escuchado.

Papá y el abuelo Klaus opinaron como siempre: mi padre, que está como una cabra, y el abuelo, que es una persona especial, algo estrafalaria.

La opinión de mis hermanos, en cambio, me inquietó. Sí, porque Hanna, mi hermana mayor (nadie lo diría, porque, aunque ya tenga quince años, es más bajita que yo), soltó:

—Qué mal rollo, ¿no?

Exacto, ella tuvo mi misma sensación. No acostumbro a coincidir con Hanna, pero en esa ocasión sí.

Y con Oscar...

La expresión de mi hermano pequeño (nadie lo diría tampoco, porque tiene nueve años y, sí, es más bajito, pero a veces parece un viejo sabiondo y repelente) me alertó de que había peligro. Sí, porque cuando Oscar se te queda mirando a los ojos de manera fija mucho rato y sin pestañear, quiere decir que hay peligro. Lo intuye. Tiene un instinto animal muy acusado.

Sea como sea, no me preparé. Jamás habría pensado que tuvieras que prepararte para cumplir años, pero se ve que para cumplir los trece, sí. Eso conforme a lo que aseguraba Greta, Greta Baum. Porque hablé con ella, claro. Lo pensé mucho antes de hacerlo, no os creáis que me dio un pronto. Como hubo un antes y un después del día de mi cumpleaños, me vi obligado...

¿Es posible que un número te cambie la vida?
¿Que la transforme de tal manera que ya no seas
nunca más el que eras? ¿Que no parezcas la misma
persona? ¿Como si te hubieran quitado tu cuerpo y
te hubieran colocado otro?

14 Y ya veis que no me refiero a un número de lo-
tería, que te la puede cambiar positivamente, ni a
un número más pequeño de deportivas, que puede
provocar que te duelan los pies cuando caminas,
ni a montar un numerito.

No. Me refiero al hecho tan natural y simple de
cumplir años. El caso es que, mientras tuve doce
años, todo fue como la seda. Y cuando digo «todo»,
es TODO.

«Todo»: solo cuatro letras y una repetida.

Pero, antes de hablar con Greta, tuvieron que
pasar «cosas», unas cuantas cosas malas, claro,
para que me decidiera.

Las COSAS que pasaron

Yo no le hice ningún caso a Greta, no me preparé para nada, continuaba mi vida como siempre, con normalidad (el abuelo Klaus dice que la palabra «normal» es peligrosa), porque yo soy natural, sin filtros. Y pasé de ella olímpicamente.

Es lo que tenía que hacer, ¿no?

El caso es que celebré mi cumpleaños tan feliz. Soplé las velas, recibí regalos, sobre todo uno que esperaba con ganas, un móvil nuevo, después de pedirse-lo muchas veces a mis padres diciéndoles que era lo que me hacía más ilusión en la vida (queda muy consumista, ya lo sé, pero esa es la verdad). Muy a su pesar, se resignaron; y agradezco la colaboración de mis hermanos, pues en este tipo de cosas nos solemos confabular para «desarmarlos», somos tres contra dos. Cuatro contra dos, porque, ya puestos, el abuelo Klaus se pone siempre de nuestra parte.

El abuelo Klaus...

Con él empezó TODO.

(Sí, cuando digo «todo», es todo).

16 Solo hacía una semana que tenía trece años cuando una mañana el abuelo, al salir de casa como hacía siempre después de desayunar, se tropezó en la escalera y cayó rodando peldaños abajo (el abuelo Klaus nunca coge el ascensor, dice que los ascensores son ataúdes verticales que se mueven arriba y abajo; es evidente que él es partidario de la incineración). A consecuencia de la caída, se rompió el fémur, la cabeza del fémur para ser más exactos; y reconozco que tuve que consultar en Google dónde está ese hueso.

El abuelo, pobre, no paraba de decir: «No sé cómo ha ocurrido, no sé cómo ha ocurrido...».

¿Qué? Estáis pensando lo mismo que yo, ¿no?

Exacto: Greta.

Nadie lo puede confirmar, pero estoy convencido de que ella intervino de alguna manera para que el abuelo se cayera (le debe de tener manía, como a mí, por eso se lo quitó de en medio). Greta pudo actuar de muchas formas, desde poner un hilo de pescar atravesado en la escalera para que

tropezase a provocar cualquier ruido (podía tener la puerta de su casa entreabierta) que le hiciera perder el equilibrio, se cayera y el hueso hiciera crac. ¡Vete a saber!

Ahora el abuelo está bien, pero todavía sigue ingresado en una residencia donde hace rehabilitación para poder volver a caminar. De momento va en silla de ruedas.

Esta situación, de rebote, ha causado otro problema, otra COSA negativa: Oscar insiste en ir a vivir a la residencia con el abuelo (esa idea solo se le puede ocurrir a mi hermano). Lo repito por si ha pasado desapercibido: no a verlo, que eso es normal, sino a VIVIR. Sobra decir que están muy unidos, porque Oscar, cuando era más pequeño, estuvo muy enfermo y, como mis padres trabajaban (y lo continúan haciendo), el abuelo se ocupó mucho de él.

—No puedo dejarlo solo, me necesita —dice Oscar constantemente.

Mis padres van aplazando como pueden el asunto, pero el problema no va a desaparecer, porque Oscar, cuando tiene una fijación, ni se olvida ni la deja estar. Y tiene un plan, una estrategia, que dice él. Mi hermano es así, emplea palabras que la

gente de su edad no dice. Es una manera de llamar la atención.

18 Otra COSA (mala) que me ha pasado y que me pasa: yo, aunque no esté bien decirlo, soy guapo, en palabras de mi madre (y os aclaro que no es una opinión de ella, bueno, sí, también, pero es *vox populi*, que dice mi padre; me lo han repetido tantas veces que he acabado por creérmelo), y por lo que parecía la cosa iba a más (antes de los trece, claro). Sin embargo, el asunto se ha fastidiado, ahora sufro un retroceso por culpa de eso que llaman acné.

¿Que es normal, decís?

Vale. Hasta cierto punto, de acuerdo. Pero los cráteres que tengo en la cara son antológicos, que dice mi madre. Además, qué casualidad que me haya pasado justo al cumplir los trece.

Podría seguir enumerando COSAS que me han afectado, pero solo añadiré una más que me ha descolocado del todo (sí, cuando digo «todo», es todo): me he enamorado.

¿Que eso no es malo?

No, en principio, no; al contrario, es bueno, pero no lo es para nada cuando te enamoras de la persona equivocada.

¡¡¡Eh, que os estoy viendo!!! No os penséis que estoy colgado de Greta, que ¡todavía no me he vuelto loco!

Cuando digo lo de «equivocada» es porque, cosas que pasan, es profesora mía y eso no funciona, por supuesto. Yo creía que lo llevaba en secreto. Pero no. Y esto es lo malo, porque mi secreto (yo quería que permaneciera así) se ha extendido como una mancha de aceite.

19

Por todas esas cosas (sí, todas, todas) decidí hablar con Greta.

Me armé de valor, salí de casa y llamé a su puerta.

Era consciente de que me observaba por la mirilla. Antes de abrirme, oí mucho ruido de llaves y pestillos que iban liberando la puerta. Aun así, cuando la abrió, una cadenita evitó que lo hiciera del todo.

—¿Qué? ¿Cómo te va? —me preguntó mirándome fijamente. La visión que me ofrecía era feroz: la cadenita, que le quedaba bajo la nariz, parecía la pieza de una armadura que reforzaba su mandíbula, dispuesta al ataque.

No se me ocurrió otra cosa que encoger los hombros, y eso que llevaba un discurso muy bien ensayado.

Se rio flojito, pero en plan burlón.

—Ya veo que todavía no estás preparado. Anda, pasa adentro —ordenó.

Dudé, aquello podía ser el fin.

20 Su gata, Walki, soltó un bufido. Por descontado que no era bien recibido. Lo de Walki no viene de *walkie-talkie*, un aparato que tiene el abuelo y que siempre nos enseña, una especie de antepasado del teléfono, sino de *valquiria*; Google me informó de que las valquirias eran unas tipas guerreras de la mitología nórdica que tenían muy mala uva si te metías con ellas.

—Venga, no te quedes ahí parado —me riñó Greta señalándome un pasillo larguísimo mientras cerraba la puerta. Otra vez el recital de ñecs, ñics y racs.

Sí, estaba dentro y sin posibilidad de escapatoria, por lo menos por la puerta, que es el sitio normal para irse. En nuestra finca no hay escaleras como las de los edificios viejos que salen en las pelis americanas, esas por las que el héroe o el delincuente de turno se pueden escapar.

Me empujó con su bastón (no le hace ninguna falta, pero así tiene la excusa para golpearte si le

interesa) y me condujo hasta un salón comedor propio de una ancianita encantadora (no de Greta Baum), lleno de figuritas, jarrones, cojines y cuadros... Todo (sí, todo) muy cursi.

Me hizo sentarme en un sofá ajado y me puse a estornudar como un loco, porque al rozar el asiento con mi trasero un montón de pelos de Walki se levantaron formando una nube peluda.

21

Greta sonrió y me dio en el tobillo derecho con el bastón.

—¡No pises la alfombra, patoso!

¿Era necesario que me insultara? Además, ¿para qué tiene una alfombra si no se puede pisar?

Abrió una caja, que todo el mundo (todo, todo, sí) diría que era una caja de caramelos, bueno, en su día seguro que fue una caja de caramelos, pero ella sacó de dentro un cigarrillo raro, lo encendió, lo chupó, aspiró y levantando la barbilla soltó una bocanada de humo. Me atraganté. Aquel cigarroapestaba.

Walki se había tumbado sobre el sofá. Parecía relajada, pero no, estaba alerta para arañarme al mínimo gesto imprudente por mi parte.

—Has venido para averiguar qué ocurre, ¿no?

Asentí.

—Tú solo no eres capaz.

Quedaba claro que me trataba de inútil y se recreaba refregándomelo en las narices.

«Anton, el cortito».

—Ya te dije que te prepararas y no me hiciste caso.

22 —Pero ¿qué es lo que tenía que hacer? —pregunté con mucho interés para que pensara que me tenía dominado. Bueno, vale, me tenía.

—En tu casa te podrían haber informado, Klaus podría haber intervenido...

¿El abuelo Klaus? ¿Qué tenía él que ver?

—A ver, niño, ¿qué día naciste? —continuó Greta.

—Un martes...

—Nooo, ¡de número! —exclamó enojada.

—El trece de noviembre.

—¡Ajajá! El trece es un número fatídico, aunque interesante, y noviembre... Con ese mes llega el frío que emudece las noches y apaga los días...

—¿Por qué me dice todo esto? —Ahora el que estaba enojado era yo.

«Anton, el cabreado».

—Todos tenemos un destino marcado, ya avisé a tu abuelo cuando naciste. Tu carta astral lo dice...

Se levantó, con una agilidad nada habitual en las personas tan mayores, fue hacia un mueble con cajones, abrió uno, sacó una carpeta y volvió a sentarse.

—Los astros no se equivocan nunca —aseguró mostrándome una hoja con círculos, rayas, símbolos y un montón de cosas de las que no entendí nada.

«Anton, el confundido».

Debería haber aprovechado para preguntarle más cosas, pero en ese instante solo tenía unas ganas terribles de ir a hablar con el abuelo Klaus. Así que me levanté de aquel sofá lleno de pelos.

—No podrás huir —dijo en tono de burla—, nadie puede huir de su destino, pero vete, vete... Ya sabes dónde puedes encontrarme.

Y se levantó también, seguida por Walki, para abrir la puerta inexpugnable.

Ya en casa, recuperé algo de calma. Aquella situación era absurda, no tenía sentido que hiciera caso de las amenazas de una abuela que estaba

mal de la chaveta y solo tenía ganas de tomarme el pelo. Sin embargo, la realidad era que mi vida se había complicado. Era preciso enderezar la situación. Pero, vayamos paso a paso y empecemos desde hace algo más de tiempo, cuando yo era un chico feliz, sin filtros, sin problemas más allá de sacar adelante los estudios, cosa que no me cuesta mucho, y no tenía ni idea de que un número podría cambiarme la vida.